

Filmoteca

# FILMS SELECTOS



ANITA LOUISE

40  
cts.





ANN SOTHERN  
[Foto R. K. O.-Radio.]

lo  
pr  
pl  
ma  
y  
pe  
ña  
de



DIRECTOR:

J. Esteve Quintana

Vergara, 3.-Teléfono 22890

BARCELONA

Número suelto: 40 cts.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

MERCEDES ORTEGA  
MODISTA

Dos escenas  
de «la rei-  
na mora».



problemas que  
plantea la cine-  
matografía lírica  
y la  
posición de Espa-  
ña ante los films  
de este género

DESDE los comienzos del séptimo arte, la música ha sido uno de sus complementos más necesarios. Aún —en plena exuberancia del cine mudo—, en aquella época en que la expresión racialmente cinemática lo era todo —desde que Murnau nos dió a conocer su «Amanecer», joya del cine de todos los tiempos—, la música tuvo participación en los films para su mayor amenidad.

Se pudo ir a la supresión de los rótulos porque la emotividad de algunos films fuese totalmente visual, de la misma forma que en ciertas películas habladas se ha procurado suprimir el diálogo; pero la música ha sido elemento primordialísimo tanto en la época pretérita como en la presente.

El advenimiento del sonoro creó el verdadero problema de la música en el film, puesto que toda película requirió una adaptación musical perfecta, que encuadrara armónica y melódicamente en cada escena. La música, en el cine, tiene la misión de subrayar los momentos trascendentales, de matizar las imágenes ligadas más o menos estrechamente con el folklore de algún país, y con ella, algunos directores —no preci-

samente los más mediocres—, allanaron los mayores escollos descriptivos.

La palabra vino a retardar el desarrollo de la acción cinematográfica, convirtiéndola en un espectáculo lento. La música, en cambio, coadyuvó al triunfo de la nueva modalidad cinematográfica, con la aportación de sus bellezas armónicas, que necesariamente nos debían sustraer a la rapidez del film, para hacernos gozar con deleite de todos los matices artísticos de la película.

El cine hablado, hasta ahora, aparece menos cinematográfico que su antecesor, pero nos presenta un arte más completo con la asesoración de la literatura y de la música. Aún nosotros admitiríamos que por razón de sus principios, se le desposeyera del más mínimo empaque literario; pero la complementación musical creemos que es algo absolutamente necesario en el film.

Como decíamos más arriba, toda la historia del cinema va ligada a la música. A los acordes de los violines de los estudios, vivieron escenas de amor ante la cámara las más famosas estrellas, hábito que data ya de la película italiana de principio de siglo.



Cuando el público vió en esta industria más que una distracción, un arte intencional y promotor, sintió la necesidad de pedir para cada película una adaptación musical ex profesa, costumbre tan prodigada en los últimos tiempos del cine mudo que los directores de orquesta de nuestros principales salones rivalizaban en su afán artístico de dotar cada película con una partitura amplísima en motivos musicales.

Evidentemente, esto debió predisponer a toda la afición cinematográfica a que acogiera las primeras operetas que nos legó el sonoro. Desde el primer año del cine parlante, ha habido una verdadera invasión de films musicales en el mercado universal.

La opereta vienesa y la comedia musical de los Estados Unidos, han gozado, en la misma medida, del favor del público. Empero, pasado el primer lustro de cine sonoro, el espectador —y en este caso nos referimos esencialmente al español—, empieza a sentirse cansado por la monotonía de una música —aunque agradable y seductora— demasiado igual.

Franz Lehár, Robert Stolz, Berlin —admirados



Ambos compositores han sabido describir a España en el pentagrama. La personalidad de uno y otro es una línea de continuación; donde termina Bretón empieza Serrano; aquel representa el pasado, éste el presente. Bretón y Serrano son el enlace de la lírica española entre dos siglos.

La música, tan apreciada en el cine, no debía ser elemento extraño al séptimo arte español, y por la misma razón no podían quedar al margen de esta manifestación artística ni Bretón, ni Serrano, ni otros compositores españoles que, tarde o temprano, habrán de afluir al cine.

«La reina mora», versión de la célebre zarzuela, Eusebio F. Ardavin ha vertido en imágenes de celuloide, aparte el valor intrínseco que como obra artística tiene, posee una cualidad altamente relevante en su aspecto musical. No es ésta la oportunidad de hacer una crítica de la hermosa partitura de José Serrano —



Cuatro momentos del film «La reina mora».

(Fotos Cifesa).



universalmente—, dejan de ser, no obstante, los predilectos del público. Algunos directores americanos —y aún europeos—, han ilustrado sus films más recientes a base de obras sinfónicas de otros compositores también de renombre mundial, pero absolutamente alejados de la música de sabor frívolo.

Nosotros, los españoles, al planteárenos el problema del film musical, todavía tenemos indemne la musicografía española. Aparte de algunas ilustraciones rápidas, Falla, Turina, Granados y otros compositores sinfónicos españoles de fama internacional, poquísimas veces fueron llevados al cine.

Naturalmente, no se reduce a este género todo nuestro tesoro musical, aunque, si tal fuera, poco grave sería el mal. Tenemos, además, la cantera inagotable de nuestra música de los géneros líricos teatrales llamadas «grande» y «chico», al que ahora se ha recurrido al llevar a la pantalla obras de un valor musical tan notorio como «La verbena de la Paloma» y «La reina mora».

De estas dos producciones, ambas filmadas bajo los auspicios de Cifesa, podríamos hacer un elogio muy extenso sin salirnos de la medida justa; pero ahora sólo queremos enfocar nuestro comentario en el sentido de remarcar la importancia que cada una de ellas representa por sí misma, dentro de las variaciones artísticas de nuestro cine.

Casi nos pesa haber mentado «La verbena de la Paloma», porque después que ha sido refrendada ya por un aplauso popular, poco nos resta decir de ella. «La verbena...» es la descripción fiel de una época de la vieja España, para la cual era imprescindible el asesoramiento de la música. Tal vez —y con todo nuestro respeto a la memoria de Ricardo de la Vega—, la verdadera esencia de esta obra está en la partitura del maestro Bretón.

«La verbena de la Paloma», como film musical español, es lo único definitivo que hasta ahora se había hecho en España. Era obvio que al compás de los aplausos conquistados por aquel film, habrán de nacer otro que, si no llegaba a eclipsarlo, estuviera a su misma altura.

Para ello era preciso medir fuerzas iguales. De celebridad a celebridad. Y oponer a la fama de Bretón otro nombre famoso, para lo cual había que recurrir al maestro Serrano.



la que nos entregaríamos con vivísimo placer —sino de poner de relieve la acertada orientación de Cifesa al incorporar a su repertorio de grandes producciones, un film que recoge a la par que una historia de amor llena de sutilezas, los caracteres, las costumbres y la música de una región española, a través del celebrado ingenio de ilustres personalidades de nuestro arte.

Gonzalo de A. PIE



**HA**BIÁ tenido ocasión de comprobar un sinnúmero de veces la profunda impresión de los artistas que actuaban ante las cámaras y microfónos al producirse esa quietud sepulcral que preside el «set» en el momento de la filmación. En unos, se manifestaba por un tic nervioso de las comisuras labiales. En otros, era un parpadeo permanente que hacía imposible la toma de primeros planos. Y en los más, era la súbita tarlamudez que se apoderaba de ellos.

Nunca comprendí cómo gentes acostumbradas a dominar los públicos más difíciles podían emocionarse de manera tan ostensible ante el pequeño grupo de electricistas, mecánicos y personal técnico del estudio. Porque, no creen ustedes que me refiero a un «extra» que tuviera que pronunciar dos o tres palabras. No. Hablo de artistas de gran talla en el teatro y que todos ustedes conocen.

Lo cierto y seguro es que al oír la voz de «Silencio!», se descomponían hasta el disloque.

Recuerdo que una vez todos esperábamos con gran expectación la primera escena, en la que debía tomar parte un actor cómico, muy conocido de todos, para reírnos de lo lindo con su excelente trabajo.

Finalmente, abandoné mi vocación artística por otra más interesante y que yo no conocía: la parte técnica de la confección de películas. Y en ella llevaba ya un año y medio, sin faltar un solo día a mi trabajo como ayudante de director. De modo que el encontrarme entre lámparas, cámaras, microfónos y cien mil cables era para mí tan natural como será para ustedes al asistir a sus oficinas o quehaceres. Es claro.

Un buen día, sin embargo, me hallé contratado en Londres como director de diálogo y ayudante de director para una cinta hablada en español.

La travesía del Canal de la Mancha había sido muy mala y uno de los artífices se indispuso tan seriamente que tuvimos que reexpedirlo inmediatamente hacia Madrid. Y, claro, quedó un papel sin artista. Después de muchas y acaloradas discusiones, no tuve más remedio que aceptar el papelito, para no ocasionar más contratiempos a la compañía productora.

Vestido con un uniforme insensato, llegué el día de mi debut. Yo me encontraba más tranquilo que una balsa de aceite. Y con la cara

## PÁNICO AL SILENCIO



— ¡Silencio! —

maquillada y el manuscrito bajo el brazo, seguía haciendo el trabajo mío de dialoguista y ayudante de dirección.

Ensayé la escena y todo fué a pedir de boca. El director estaba muy sonriente al ver mi serenidad como actor e inmediatamente nos preparamos para el «take». Yo me coloqué detrás de la puerta por la que debía entrar en escena y di mis últimas instrucciones como ayudante:

—Everybody ready! Quiet, please! (Todo el mundo preparado. Silencio.)—

A partir de entonces, iba a empezar mi trabajo como artista. Noté que se me hacía difícil la respiración. El corazón me latía tan fuerte que temía que oyeran el ruido los electricistas que me rodeaban. Luego oí el «rodar» de las cámaras... ¡Caramba! ¡Cómo tardaba el director en darme la señal para entrar! Por fin se alumbró la lamparita que significaba mi entrada.

Decidido, abrí la puerta y dije:

—¿Qué de...no...no...ta...ción es la ésa?—

El otro artista, me miró muy serio sin saber qué contestar. Y yo mismo me volví a las cámaras y grité:

—Cut! (¡Cortar!)

Durante la escena, la pregunta tenía que haber sido:

—¿Qué detonación es ésa que acabo de oír?—

Le traduje al director mi equivocación y se rió de buena gana...

Y es, amigos, míos, que el silencio del «set» impone mucho.

Fernando G. TOLEDO

El maquillaje, la situación, el traje, todo era graciosísimo. Los ensayos habían sido buenos y sólo faltaba empezar la escena. Nos sentamos entre lámparas y proyectores y nos dispusimos a presenciar el primer «take». Desastroso. En la mitad de la escena se le olvidó el diálogo y hubo que cortar. Empezamos de nuevo, y en el segundo «take» fué un tartamudeo pertinaz que tampoco debía admitirse. Se cortó la escena otra vez.

Los carpinteros empezaron a dar martillazos, preparando un nuevo decorado; los electricistas a colocar lámparas para iluminar otro «set» y los asistentes a dar órdenes. Con el ruido, aquel hombre se tranquilizó como por encanto. Ensayó, una vez más, la escena y como todo salió perfectamente, nos preparamos para un nuevo «take». «Tout le monde en place et silence!»

El director pidió:

—Moteurs!—

Y en el silencio absoluto volvimos a escuchar el monótono canturreo de las cámaras... Empezó, por tercera vez, la escena y de nuevo se tuvo que interrumpir... Total: la tomamos diecisiete veces. Desde las diez de la noche a las cinco de la madrugada con una escena cómica, que da poco nos hace llorar.

Cuando yo empecé a trabajar en el cine lo hice en calidad de «extra», y entre todos los que aspirábamos a alcanzar un papelito de cierta importancia, comentábamos despiadadamente esta clase de porcanices...

Nuestro colaborador Fernando G. Toledo en funciones de director de diálogo en los estudios Paramount.





HOLLYWOOD  
POR DENTRO

Siempre tibia temperatura de Hollywood, en Van Nuys nos parece que hiela. Visto de lejos, el aeropuerto se destaca como una enorme mancha de luz caída en un campo de sombras. Conforme nos acercamos, en la mancha deslumbrante distinguimos pronto los edificios y las gentes, iluminado todo ello por grandes reflectores que, como largas linternas de luz, recortan las sombras en caprichosos dibujos... A la entrada del campo es detenido nuestro automóvil por un policía y un empleado del Departamento de Publicidad. Se enteran de quiénes somos, comprueban si nuestros nombres figuran en la lista de los autorizados para presenciar la filmación y, al fin, nos dejan pasar, indicándonos dónde podemos estacionar el coche. Nos detenemos ante un inmenso «hangar», cuyo interior ha sido transformado en camerinos y comedores para los astros y los extras. Todos, sin distinción de categorías, tienen el mismo derecho a que se les alienda y se les haga cómoda la estancia en el aeropuerto. Una buena calefacción convida a no salir del «hangar», donde, para que nada falte, hasta vemos maquinillas automáticas para toda clase de juegos de azar, y un cafetín en el que se ofrecen refrescos y dulces. A pie atravesamos el tupido material que nos separa del improvisado aeropuerto de Baskul. No vemos más que chinas y chinos de todas las edades, hablando a gritos en su lengua, que no entendemos. Todos parecen muy satisfechos de poder ganarse, sin gran trabajo, los correspondientes siete dólares con cincuenta centavos por noche... Y saben que han de ser utilizados cuatro o cinco noches, por lo menos, que estas escenas son difíciles y hay que hacerlas con calma... An-

# VIVIENDO FILMARRAIAS

ANTE RONALD COLMAN

Es el octavo día de filmación de «Lost Horizon» («El horizonte perdido» o, acaso más exactamente traducido, «Más allá del horizonte»), la popular novela de James Hilton, muy hábilmente adaptada al cine por Robert Riskin para Ronald Colman, bajo la dirección de Frank Capra.

Hoy se trabaja de noche, hasta la madrugada, y en la convocatoria del estudio se dice que a las seis y media de la mañana tienen que estar en el Aeropuerto Metropolitano de Van Nuys, a unas veinte millas de Hollywood, Ronald Colman, Isabel Jewell, John Howard, Edward Everett Horton, Thomas Mitchell, Val Duran... y un millar de chinos. Además, naturalmente, la dotación completa de fotógrafos, electricis-

tas, ingenieros de sonido, mecánicos, carpinteros, sirvientes, etcétera.

El Aeropuerto de Van Nuys ha sido arrendado por la Columbia, que, gracias a las magas artes del cinematógrafo, lo pudo convertir maravillosamente en el aeropuerto chino de Baskul. Se han construido en torno diversos edificios de puro estilo oriental, en los que no falta ni un detalle, y los mil chinos contratados para darnos el exacto ambiente son auténticos.

Cuando llegamos a Van Nuys para presenciar la filmación de alguna escena son ya las ocho y media de la noche. Noche característicamente californiana, muy clara, muy estrellada, pero fría y húmeda, que contrasta con la esplendor de las horas de día, en que el sol acaricia sin abrasar nunca. Para nosotros, acostumbrados a la

te tan grata perspectiva ni siquiera se quejan del frío, aunque sus trajes son como de papel de seda...

En lo alto de un andamiaje con ruedas, movible sobre rieles, descubrimos, junto al «cameraman», al pequeño gran Capra, uno de los más brillantes directores cinematográficos y popular, sobre todo, desde que dirigió «It Happened One Night» («Sucedió una noche»).

Frank Capra, italiano de origen, es bajo y moreno. Viste traje de pana, sobre el que lleva una gruesa camiseta de punto y encima un gabán de color de café, que casi le arrastra. Sobre la cabeza una pequeña boina, que, por la forma en que se la pone, tiene la apariencia de un casquete chino.

La cámara cinematográfica está enfocando



ahora la entrada del edificio que supone ser la oficina y sala de viajeros del aeropuerto de Baskul, nombre que en inglés y en chino se lee sobre la fachada.

¿Qué representa la escena?... La novela de Hilton nos cuenta la extraña historia del diplomático inglés Robert Conway (interpretado ahora por Ronald Colman), que encontrándose precisamente en Baskul, durante el ataque de una terrible tropa de bandidos, pudo salvar su vida y la de otros extranjeros tomando un aeroplano que les envió el general Wong... La nave aérea, aparentemente pilotada por un tal Fenner, está dirigida en realidad por un misterioso piloto chino, que se lleva secuestrados a sus pasajeros...

En vez de conducirlos a Shangai, toma el rumbo de la meseta tibetiana y en sus inmediaciones, después de múltiples peripecias, cae el avión, muriendo el piloto y

mundo civilizado, cree descubrir un día que su amada, la rusa, es realmente joven y que el Gran Lama no tenía tampoco los años que dijo...

Todo lo de Shangri-La no era más que una leyenda... George convence a Robert del error en que estaban y ambos deciden volver a la civilización, escapando del supuesto paraíso... Robert, decepcionado ante la superchería de la eterna juventud, renuncia a Sondra y sigue a George... Pero con George va la muchacha rusa y ésta, en cuanto sale de Shangri-La, se vuelve repentinamente vieja... [Tenía sesenta años] No era una leyenda lo de la eterna juventud en aquel escondido rincón del mundo... George, ante la triste realidad, se mata... Y Robert, pasando por una desconcertante crisis nerviosa, que está a punto de enloquecerle, sobrevive a su dolor para recordar la dicha que perdiera y se vuelve en

bellos, sus coches y sus carretas, los miseros ajueres de las pobres casas, que aquellos se llevan a cuestras...

Suena estridentemente un pito, se oyen unas voces de mando, que se repiten en chino, y, sin descanso alguno, se repite la fatigosa escena... Los ayudantes chinos gritan en su lengua a los extras compatriotas que, como un rebaño, dócilmente secundan las órdenes de Capra...

Unas bellas chinitas, seguramente nacidas en California, hablan en correcto inglés y contemplan a Ronald Colman con exaltada delectación... No hay este y oeste. Para la mutua adoración de una mujer y un hombre no hay fronteras ni razas. Colman, un poco cansado, sonríe... Las chinitas sonríen también... ¿Quién piensa ya en el cansancio? No importa que la escena se prolongue hasta la madrugada, ni que este trabajo extenuador siga por cuatro o cinco noches más... ¡Ni siquiera se siente ya el frío!

Como el Robert Conway de la película, todos quisiéramos quedarnos en el jardín florido de la perenne primavera, donde todo es paz y amor...

Miguel de ZARRAGA



Tres escenas de 'Lost Horizon'

## ESTRELLAS

resultando milagrosamente ilesos los viajeros... Cuando éstos se sienten ya exhaustos por las dolorosas torturas sufridas y desesperados ante el temor de no poder aguantar más, una caravana acude a socorrerles y les lleva hasta el escondido valle de Shangri-La, jardín paradisiaco que nadie hubiera podido imaginarse, en el que no se conocen ninguno de los dolores y miedos del mundo civilizado. Allí viven felices las gentes, sin envejecer nunca...

El Gran Lama, fundador de Shangri-La «hace más de doscientos años», ¡vive aún!... Y como él son allí todos... Con Robert Conway va su hermano George (John Howard), que se enamora locamente de una muchacha rusa, enterándose de que ya cumplió sus sesenta años (!), aunque, habiendo pasado allí toda su vida, la encuentra perennemente joven... En esto, el Gran Lama se siente morir y llama a Robert Conway para pedirle que le substituya, poniendo en sus manos el destino de Shangri-La... Robert acepta encantado, porque se ha enamorado a su vez de una adorable Sondra Bizet... Pero George, que sólo sueña con volver al

busca de la hechizada tierra de Shangri-La, sin encontrarla ya nunca, pero creyendo siempre que hacia ella va...

Tal es, a grandes rasgos, el tema de la nueva y seguramente sensacional película de Capra.

La escena que presenciaremos en Van Nuys es la del ataque de los bandidos chinos al aeropuerto de Baskul.

Vemos a Ronald Colman, joven siempre, como si de veras hubiera surtido efecto en él la magia de Shangri-La, tratando de salvar a una niñita entre una multitud de horrorizados chinos, toda ella gente humilde, que quieren escapar de los bandidos... George (John Howard) lleva también en brazos a otro pequeño... Y vemos, confundidos con los que huyen, sus buyes y sus cabras, sus ca-





# JEAN PARKER

## O LA PERFECTA INGENUIDAD



**S**i hoy en la pantalla americana una actriz que merezca el peligroso calificativo de «ingenua», esa actriz es, sin duda alguna, Jean Parker. Digo peligroso, porque solamente al pronunciar la palabra parece que se evoque en oculto sentido otro pensamiento. «Es tontita, la pobre... es tan... tan... ingenua.» Y por eso, porque la ingenuidad, sobre todo en nuestra época, puede confundirse tan fácilmente con la tontería, no es muy prometedor para una actriz el que la cataloguen den-



tro del tipo de la eterna «ingenua». Pero he aquí que a Jean Parker no se la puede describir de otra manera. Porque ella es eso. Ingenuidad suprema, única... La ingenuidad de la adolescente, que brilla en sus ojos, abiertos siempre por la sorpresa de una vida que se le antoja desconocida... pero al mismo tiempo, con una chispa de picardía en el mirar y con la sonrisa más dulcemente maliciosa que pueda uno imaginarse en sus labios.

Así la hemos visto en la pantalla. Así la han visto, los que la conocen, en su cotidiano vivir.

En una linda granja de Montana, cierta mañana de abril, llena de sol y de azul, nació una niña tan hermosa, llamada Mae Green. A pesar de que la alegría del día parecía prometer una dicha sin mácula, no puede decirse que la infancia de Mae fuese muy feliz. Desde que supo discernir y supo compren-

der, sólo desavenencias pudo contemplar en su hogar. Y un día esas desavenencias culminaron con la separación de sus padres, que alegaban incompatibilidad de caracteres.

A los seis años se encontró Mae ante el dilema de verse sin padre, sabiendo sin embargo que estaba vivo. Tal vez por eso, porque el correr del tiempo no puede a veces borrar la sombra de un recuerdo, aun conserva Mae, o Jean si se quiere, como un velo de melancolía en sus ojos de almendra.

La amargura de aquellos días que la separaron de su padre, la tristeza de aquellas horas en que se vió obligada a hacer de madrecita a sus hermanos, porque la madre había de trabajar, para sacar adelante su pequeño hogar. Sus años de colegio... sus estudios... sus preocupaciones... Nada de eso puede borrarse de la mente de la hoy famosa Jean Parker.



de Catalunya

La prueba fue francamente satisfactoria. Al prepararse la filmación de «Divorcio en la familia», un nombre, Jean Parker, se añadió al reparto. Así la pequeña Mae Green, fue olvidada por todos, menos quizá, por la propia Mae Green, y en cambio, como compensación contradictoria, el nombre de Jean Parker fue elevándose.

Trabajó entonces en «Rasputin y la zarina», junto a tan insuperables maestros como los hermanos Barrymore. Después en «Hacha en Broadway», «Dama por un día», «Tempestad al amanecer...». Siempre, siempre, sus personajes fueron ingeniosos, dulcemente ingeniosos, e impregnados de un sabor maravilloso de juventud y de poesía. Díganlo si no su Peg de «Las cuatro hermanitas», su maestra de «Todo corazón» y su Toni de «Sequía».

Aparte de todo eso, el éxito no la envañece. Sigue trabajando con pasión, con sinceridad, con alma, con la misma ingenua fe que brilla en sus ojos y en su sonrisa. Todos la adoran, en el estudio y fuera de él. Es constante y voluntariosa, pero por encima de todo es comprensiva y es humana.

Nada maravillosamente, porque le encanta el ejercicio y le seduce el mar y porque es la natación su deporte preferido. También le gusta el tenis, y por no ser menos que otra estrella de cine, los largos paseos a caballo.

La vida de Jean Parker nada tiene de complicada, ni tan siquiera en su aspecto sentimental. Tal vez estriba ahí su principal encanto. En que esa vida nueva de Jean Parker no ha podido acabar con lo que en ella había de Mae Green.

En que ni el cine-matógrafo con su corriente de nervio y de locura, ni la fama y el éxito, ni tan siquiera Hollywood con su aliciente que dicen de agitación y fiebre, han logrado matar todo lo que de bueno, de dulce y de ingenio, había en la pequeña Mae Green.

Mary ROWE



Y es lógico que uno se pregunte... ¿cómo pudo una muchacha que se enfrentó con la vida a edad muy temprana... que desde chiquita ya tuvo, en la medida de sus fuerzas, que aprender a luchar... cómo pudo, conservar incólumne su maravillosa ingenuidad? Y sólo Jean Parker podría contestar a ese misterio. Precisamente porque la lucha la hizo ser fuerte, porque no tuvo tiempo para echar a perder su inocencia, porque se encerró en su vida como en un santuario en el que a nadie, a nadie, dejó penetrar. Estudiaba, trabajaba y dibujaba. ¡Oh!, el dibujo era para ella la superación del placer. Y, además, la que, inconscientemente, la llevó al cine.

Un día, contaba Mae apenas dieciocho años, un pintor amigo suyo, la obligó como quien dice, a vestirse un blanco y ceñido maillot, y a servir de modelo en un concurso que con motivo

de los Juegos Olímpicos celebrábase en Pasadena.

Su figura grácil y alada, encarnación máxima de la femineidad, llamó la atención de todos, incluso del cameraman que filmaba la escena para su «Noticiero gráfico». Y al día siguiente, los más importantes periódicos reproducían la delicada figura de aquella linda jovencita del maillot blanco. Todos la vieron, y lógicamente, todos la admiraron.

Un directivo de Metro-Goldwyn-Mayer (fatalmente tenía que salir el directivo tratándose de la vida de una estrella cinematográfica), vió por casualidad la fotografía e impresionado favorablemente, decidió dar con Mae. Como cuando en Hollywood se proponen algo, generalmente lo consiguen, la sonrisa radiante de Mae Green brillaba a poco bajo la luz artificial de los potentes reflectores.



# TODAVÍA LAS PREFIEREN RUBIAS

**[E]**l director de un famoso gabinete de belleza de Nueva York acaba de lanzar al gran mundo de la moda unas resonantes declaraciones, según las cuales los caballeros empiezan a preferir a las morenas. Carole Lombard, la bellísima rubia, estrella de la Paramount y protagonista del film «Candidata a millonaria», sale al paso de esas manifestaciones con estas palabras:

—Las mujeres de cabellos de oro han predominado en la historia como grandes conquistadoras de hombres desde las épocas más lejanas de la antigüedad. Recordemos a Helena de Troya, a María Antonieta y a una multitud de nombres de mujeres famosas. Todas ellas eran rubias, como rubias han sido las modernas «mujeres fatales» hasta el punto de despertar en la ciencia de la belleza una corriente general en todas las naciones, de sucesivos inventos para convertir en rubias a las morenas y trigueñas. ¿Por qué, al cabo de los siglos, habían de cambiar los hombres de gusto si en él han sido tan constantes? Lo que sucede es que el rubio se ha vulgarizado por el abuso de tintes improvisados o de coloraciones de mala calidad y esto es lo que a ningún hombre distinguido le puede agradar.

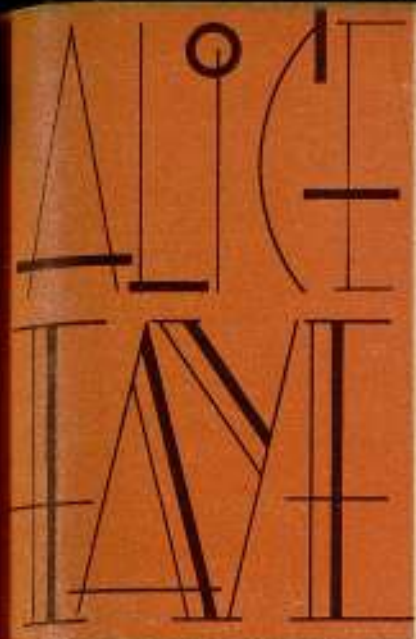
Tales han sido las declaraciones de Carole Lombard durante la filmación de la nueva comedia Paramount «Candidata a millonaria», cuyo papel de rubia protagonista desempeña, admirablemente secundada por Fred Mac Murray y Ralph Bellamy. Es ésta una comedia divertida, intrascendente, en que se nos cuenta, entre rasgos de ironía y buen humor, la amorosa historia de una manecera ambiciosa y un aludido muchacho, ambos sin un céntimo, que se asocian para ayudarse mutuamente a encontrar un novio y una novia de alta posición. Este acuerdo les lleva a mil situaciones ridículas que harán las delicias de nuestro público.





belleza  
el gran  
decla-  
balleros  
e Lom-  
amount  
onaria»,  
n estas

predo-  
quista-  
lejitas  
de Tro-  
a nom-  
rubles,  
tres fa-  
ciencia  
das las  
oavertir  
or qué,  
s hom-  
tantes?  
uigari-  
a o de-  
lo que  
edar.—  
Carole  
va co-  
, cuyo  
admira-  
eray y  
erida,  
re ras-  
uistoria  
mucha-  
n para  
y una  
leya a  
elicina.



Algunos lectores nos han solici-  
tado los seños de la casa de  
Alice Faye. No los tenemos,  
pero han venido a nuestras pe-  
cadoras manos estas fotos de  
la casa y el jardín por los que  
tanto suspiran y gustosos nos  
complacemos en reproducirlos.  
¿No son bonitos de veras? Si  
será porque ha salido en ellos  
su bella morada? En todo  
caso suponemos que a los que  
se han interesado por la casa,  
no les molestará la presencia en  
ella de la encantadora artista.

(Fotos 20th Century-Fox.)





# GARY COOPER

Alto, esbelto, atlético, es el único tipo de galán que puede penetrar en los secretos del corazón femenino de nuestros días. Su rudeza, no excluye la bondad, esa bondad característica de los hombres de la tierra alta, que tiene en él su signo más característico en esa sonrisa, tan suya, de niño grande. Y es que Gary Cooper no puede olvidar su origen. Su origen que le valió sus primeros triunfos en la pantalla, en aquellas películas de vaqueros, que evocan siempre al héroe gallardo, enamorado y justiciero. (Fotos Paramount.)



CARAS  
NUEVAS

MOLLY LAMONT

JEAN FENWICK

ANITA COLBY

Las «cuatro Marías», las  
tocayas y nobles damas  
de honor escocesas de la  
corte de la reina María  
Estuarda, que aparecen  
en el film basado en la vi-  
da de esta famosa reina.

(Foto Radio Films.)



La situación está por cambiar de un momento a otro. Películas de grandes directores están ya confeccionadas o en período de gestación, en las cuales el color, más que un pasatiempo para los ojos o una curiosidad científica, se presenta como un ingrediente, que toma parte activa en la historia, poniendo su valor expresivo al servicio de las intenciones dramáticas, lo mismo, por ejemplo, que el sonido. Los problemas que pone al cine el color son tan complejos que no puede esperar el lector que los examinemos aquí. Lo que importa, ante todo, es que se tenga plena conciencia de la complejidad del problema, que no es de orden técnico sino accidentalmente, y en cambio es de orden estético esencialmente.

No nos importa encontrar colores exactos, tanto como encontrar colores bellos, es decir, expresivos y capaces de contribuir al placer estético que pueda procurar el espectáculo cinematográfico.

Y, después, el relieve. ¿Dónde iremos a parar? En esta persecución de la realidad, a través de la ficción, van apareciendo multitud de apreciaciones de orden psicológico y artístico, que llevarán una tremenda revolución a los conceptos escolares de la teoría de las bellas artes. Lo que tenemos que retener nosotros es lo que decíamos en un principio. Que el cine se está constituyendo, que su lenguaje total no sabemos exactamente cuál es y que las más grandes sorpresas nos están reservadas en breve plazo.

Es propio del arte llegar por intuición a resultados definitivos. Definitiva una sinfonía de Beethoven, un cuadro del Tiziano, una comedia de Lope de Vega. No podemos decir nada de eso a propósito de los

más bien logrados resultados cinematográficos y es que el cine está en marcha.

Para nosotros, contemporáneos de su nacimiento y de sus primeros pasos, nada más emocionante como asistir de esta manera a la formación del más reciente de los artes, que, pequeño y distornte, no obstante, tiene ya hoy una influencia en la vida como acaso no ha tenido nunca ninguna otra actividad artística.

J. PALAU

...y hoy es  
indiscutible  
que un Leslie Ho-  
ward o una Katharine  
Hepburn dominan  
la fotogenia  
del gesto...

### Situación provisional del cine

**E**l cine está en marcha. Mejor diríamos, no existe aún de una manera definitiva, como existen, por ejemplo, la pintura o la música. No ha entrado aún en un período definitivo que asegure a sus obras la perennidad. Aún sus frutos envejecen, prueba inflexible del carácter provisional de sus adquisiciones.

No hace seis años, teníamos ya lista nuestra teoría del cine. Entusiasmados con obras como «Amanecer» y «El mundo marcha», teníamos ya una buena provisión de conceptos que nos permitían discurrir sobre cine y defender nuestro entusiasmo de las críticas

ajenas. ¿Cabría decir que esta teoría tenía como base el carácter mudo del cine? Habíamos entonces llegado a justificar este silencio, que en un principio parecía una tara incurable.

Decíamos: «Hartos estamos de palabrería. Ved aquí el cine, que llega con un nuevo lenguaje, que nos devuelve el contacto directo con la vida expresiva de nuestros semejantes. El gesto, desacreditado por una cultura de palabras y libros, cobra ahora de nuevo su fuerza original.»

Y todos sabemos lo que ocurrió. Nos sucedió lo mismo que a aquel personaje de comedia que cuando, después de dolorosos razonamientos, ha llegado a justificar la falta de su mujer, resulta que su mujer no ha cometido falta alguna. Cuando ya habíamos hecho quedar bien al cine, afectado de la dolencia del mutismo, ved lo que sucedió: el cine se puso a hablar. ¡Y en qué forma!

Habló tanto y tan mal que llegamos a desesperar de él. En esta desesperación había no poca presunción nuestra al creer que el cine nos había traicionado. Pero pronto andamos sobre mejores pistas, descubriendo un poco tarde que la palabra, lejos de quitar nada al cine, no había venido sino a prolongar su campo de acción.

La palabra, prolongación del gesto. Eso sí, pero nada de sustitución. Y así fué, en efecto. Los actores reaprendieron lo que habían olvidado con su locuacidad intolerable, y hoy es indiscutible que un Leslie Howard o una Katharine Hepburn dominan la fotogenia del gesto como podía dominarlo el mejor actor de los buenos tiempos del cine mudo.

No se ha perdido, pues, ninguna de las prerrogativas viejas y, en cambio, por la palabra, se han abierto al cine unas zonas intelectuales que hasta la fecha le estaban vedadas.

¡Vamos, pues, a la segunda edición de la teoría del cine! Mejor será esperar, tanto más cuando el cine en color nos viene encima.

No digáis que esto no es ninguna novedad, que las películas en colores nos son conocidas hace días y que, por tanto, podemos ya tenerlas en cuenta en nuestros raciocinios.

Opinamos que no hay nada de eso. Acaso en la situación más feliz, los ensayos del cine en color vistos hasta la fecha están, respecto al arte, en la misma situación en que se encontraban aquellas primeras y tan aburridas películas habladas. Entendemos el color utilizado de una manera racional, es decir, expresiva, con criterio de arte. De eso no hay hasta la fecha ni sombra.







sión que le hizo fué tan halagadora que indujo a los Warner a que lo contrataran para el papel principal en la opereta «La calle 42». Hoy en día Dick recibe diez mil cortas semanales y actúa en las mejores películas.

*Bette Davis*

**S**INTIENDO un temor intensísimo, se presentó Bette Davis en Hollywood, pero su buena estrella la llevó ante George Arliss, que se sintió muy impresionado por los expresivos gestos de la aspirante a actriz... Esto ocurrió cuando el eminente actor inglés se la encontró en un ascensor, y ella contestó con vehemencia a una pregunta insignificante que Arliss le hizo. No sabemos las palabras que Bette dijo, pero lo cierto es que Arliss se ría espontáneamente y Bette le hizo coro con sus carcajadas... La primera impresión fue excelente y Bette fue designada para trabajar con Arliss en «La oculta providencia». Después de eso la carrera de la actriz ha sido admirable.

*Ruby Keeler*

UNA muchacha preciosa, serena y sonriente, siempre envuelta en capas de armiño o suaves sedas, era

precisamente el día en que se disponía a regresar a Nueva York, una famosa actriz le vió en el estudio, e impresionada por su personalidad le rogó que hiciera otra prueba, y le dijo:

—Yo actuaré con usted. Quiero que sea el galán joven de mi próxima producción.—  
La primera impresión causada en la estrella había sido tan honda que poco después él y la actriz se habían casado, aunque esta unión fue poco duradera, pero ya aquella impresión había hecho su efecto y hoy en día George Brent se ha convertido en uno de los favoritos del cinema, no sólo entre el público, sino entre las estrellas que solicitan que él sea su galán joven en múltiples ocasiones.

Aquella primera impresión había servido para conservar para el cine uno de sus artistas más atractivos y arrogantes.

*Warren William*

**WARREN** William era actor teatral y apareciendo en un drama en Nueva York recibió la visita de un delegado de Warner Bros, quien le dijo: —¿Estaría usted dispuesto a salir mañana mismo para Hollywood?—

El actor debía consultar a los empresarios del teatro y le preguntó al delegado de Warner:

—A nada en especial, pero me ha causado usted tan

traje y llevada al estudio en butacas de costurinas de marca europea. Alguien le brindaba un asiento y desde un rincón ella veía cómo se filmaban las películas... A veces estando allí, alguien le enviaba un ramo de flores o un lunch de bocadillos exquisitos o algún refresco...

Después de cuatro o cinco horas allí, recibía una llamada por teléfono y la muchacha se iba como había llegado. Esto estuvo ocurriendo durante más de tres semanas, hasta que un día uno de los productores del estudio Warner acertó a pasar por donde ella estaba y la impresión que le causó la saniosa de Ruby, al contarle el saludo, motivó que el buen señor se detuviera a hablar con ella y a persuadirla a que permitiera que le hicieran una prueba.

—Por complacerme lo haré, pero le ruego que no la extrañe antes de que mi marido se entere de esto... —  
La prueba se hizo. Al Jolson se llevó a su mujer de paseo aquel verano y cuando volvieron a Hollywood, Ruby Keeler recibió noticias de Warner Bros, diciéndole que la estaban esperando para el papel de la protagonista en la ópera "La calle 42".

George Brent

**E**l joven es irlandés y tiene un vocabulario muy expresivo y audaz. Había sufrido el tormento de que le hicieran varias pruebas para películas sin que ninguna hubiera tenido buenos resultados, por esta causa se negaba a hacer otra... Pero

honda impresión que no quiero perder la ocasión de que figure en una película que actualmente estamos filmando.—

A la semana siguiente estaba Warren William ante su mesa de maquillaje en el estudio Warner y rogando a los periodistas que no hicieran alusión a su parecido con John Barrymore, pues prefería abrirse paso por sí mismo, y quería que la buena impresión que le había causado al delegado de Warner en Nueva York fuera el verdadero motivo de su comienzo y no el hecho de que él tenga algún parecido con el famoso actor teatral con quien tanto se le comparaba.

Sorprendido quedó Warren William cuando llegó ante la cámara y vio que la protagonista de la producción en que él había de actuar era precisamente Dolores Costello, que estaba recién casada con John Barrymore... De modo que por la impresión causada a un tercero en Nueva York se encontraba él convertido en el marido del cine de la esposa de Barrymore en la vida real.

Tales son algunas de las alternativas causadas por esos instantes que tanta influencia tienen en la vida de los seres: las primeras impresiones.

LA IMPORTANCIA DE LA PRIMERA IMPRESION



# EL GRAN ZIEGFELD

Filmoteca  
de Catalunya

## Sinopsis extractada del número anterior

Fue a fines del pasado siglo, cuando Florence Ziegfeld empezó su vida como empresario. Allí por 1890 surge ante la puerta de su barracón de feria... Nadie puede esperar que aquel hombre que pregona a voz en grito la formidable fuerza del Ulan Sandow pueda llegar a presentar, años más tarde, al mismo tiempo, cuatro espectáculos diferentes, en plena Via Blanca.

En el mismo parque de atracciones, y casi frente a él, un tal Billings explota unas mil llamadas danzas orientales, pero que logran gran éxito de recaudación. Ziegfeld propone a su competidor unir los dos artistas para mayor propaganda. Billings no acepta, pero a pesar de ello Florence logra su intento y bien pronto el atractivo que para las mujeres significan los potentes músculos del gigante da a Ziegfeld beneficios importantes.

A raíz de un viaje a Europa, se encuentran de nuevo los dos competidores. El cami-

Audrey Dane quería poseer hermosos brillantes y bellas orquídeas. Tendió bien sus redes. Pronto, empezó a exhibir, del mago de la escena, bellos ramos de flores y piedras preciosas.

—Es en vano, no te molestes... Yo haré siempre lo que quiera... Fue la eterna respuesta de Audrey, rubia muñeca que en el mirar de sus grandes ojos dejaba reflejado el poder de su voluntad.

Frente a ella, la suavidad delicada de Ana Held decía, en contraste, toda la bondad de aquella otra mujercita, tan apasionada como débil.

—Más de una vez he oído decir a Florence que tú serías su primera estrella en sus revistas... ¿no fuera por ese maldito deseo tuyo de beber sin tasa... ¿qué sacas, di, con derrochar tu juventud y tu belleza?... Reprimete, haz un pequeño sacrificio... aconsejaba, llena de bondad, Ana.

Pero toda era inútil. Audrey Dane, indiferente a todo, seguía su único guía, la maldad, la dictada de su egoísmo, al contestarle:

—No... ¡Yo nunca he de sufrir... por nada, ni por nadie!

Fue para Ana Held, muy doloroso tener que compartir el éxito de su actuación con aquella mujer a quien, también...

Las creaciones teatrales de Ziegfeld seguían entretanto su marcha ascendente, siempre en una constante superación. Buscando a cada momento, en cada decorado, en cada conjunto, un detalle mejor...

Como poseído de un espíritu divino de arte creador, se lanzó a la conquista de los tabladillos. Arrancó de cuajo las viejas cortinas y telones de boca, olvidó para siempre la pobreza de luz y, como un asustado de la escena, transformó el tablado de la antigua feria en la maravilla de un espectáculo de fulgores, melodías y bellezas...

Enamorado de todo lo bello, se dejaba prender fácilmente en el encanto de la hermosura de la mujer. Como tributo de rauda admiración a la belleza femenina, hizo famosa a la espiñeta del Broadway, y quiso que su más fantástico creación fuera como la escalinata de un inmenso trono a la Mujer.

Sus enormes dependencias fueron, en más de un caso, motivo por el cual el fiel contable, el donación Sampson, se viera en graves aprietos...

—Encargar no es... pagar, Mr. Ziegfeld... decía Sampson en cuanto se iniciaba el montaje de una nueva revista.

En estas luchas, se llegó al estreno de una de las producciones en que Ziegfeld había puesto mayores esperanzas...

Decidido y audaz, pudo salir airoso del trance difícil en que le puso su modista la misma noche del estreno: o pago por anticipado o aquella noche no había estreno... con sus trajes.

—Vamos a ver primero los trajes. Esto no es para mí... exclamó en cuanto los primeros habían salido de la cesta... Le recuerdo que esto es el New Amsterdam, ¿entendéis?... Lo que se presenta son las "Follies".

La frente del modista perlaba en sudor frío... Mr. Ziegfeld, rehusando su trabajo, le hundía para siempre... Se humilló, rogó, imploró la aceptación del encargo, que al fin, y como una concesión extraordinaria, admitió... pero con pago al mes siguiente.

A pesar de los insistentes ruegos de Florence Audrey Dane, convertida su camerino en sitio de escándalos y reunión de coristas, en constante libación.

Su disipada vida sólo tenía un fruto lógico: la desesperación de Ziegfeld ante la imposibilidad de ella la gran artista, que él ambicionaba presentar...

Aquel día quiso Audrey celebrar con toda pompa el magnífico regalo de Florence: una preciosa pulsera de esmeraldas y brillantes, única cadena que podía sujetar algo a aquella mala mujer... Y sus fiestas eran siempre de igual tono... Reunir cinco o seis chicas bonitas para beber champagne hasta perder el fin.

Encaramada en una silla, se dedicaba a dirigirle a sus amigos un discurso adonde a su inconsciencia y borrachera:

—Señoras y caballeros... En nombre de toda la compañía les voy a decir unas cuantas palabras. Bueno, ante todo he de hacerles una confesión... y es que... esta noche he bebido un poquito...

Entre grandes aplausos y risas quiso continuar su improvisada alocución, cuando irrumpló violento, descompuesto, Ziegfeld... Aquello era intolerable... Estaba a punto de entrar en escena, y la encontraba completamente ebria...



no emprendido fue el mismo, pero el fin por completo opuesto. Mientras Billings intenta asegurarse en exclusiva una buena atracción de fama, Ziegfeld se confía demasiado en su excelente suerte. La blanca y ballarina bota de la ruleta le arrebató hasta el último céntimo.

En su encierro en un hotel de París, Ziegfeld logra convencer a su amigo Billings para que le preste quinientos francos, que después emplea en comprar orquídeas para Ana Held, la estrella de moda, que su contrincante intenta precisamente llevar a América.

Ordenó, severo, que las demás muchachas salieran del camerino. Tenía que hablar con ella seriamente. De continuas dejándose arrastrar por la bebida, la abandonaría a su propia suerte.

Audrey Dane continuaba tambaleándose desde su pedestal. Le miraba riéndose, entre inconsciente y burlona... Sin abandonar su copa, le llamaba, invitándole a bajarla en sus brazos...

Con penas y trabajos logró ponerla en el sofá, con intención de buscar la forma de amorar su desolado estado... Ella continuaba riendo y hablando sin cesar... intentando empujar entre sus brazos, por encima de los hombros, su amado Florence...

Más por hacerla callar, en sus mimos y peticiones, que por su propio deseo, sus labios se encontraron en apasionado beso junto a los de Audrey, mientras que en trágica coincidencia aparecía por el umbral de la puerta la figura estirada de su esposa, Ana Held...

—¡Flores, querido Flores... es horrible...! ¿Cómo pudiste...? Al menos, ¿por qué no cerraste la puerta?... Su huida no dio tiempo a explicación...

Aquella noche fue horrible para Florence. Inútilmente esperó al nuevo día con la vaga esperanza de que Ana volvería a su lado. Por el contrario, los periódicos declararon con grandes titulares: "Ana Held abandona a Ziegfeld".

La demanda de divorcio entablada por Ana fue señal inequívoca de la firme determinación de su esposa... Sinceramente su corazón sintió el primer zarpar de la desgracia, y las primeras hebras de plata ennoblecieron sus sienes.

Siguieron en aquellos días jornadas tristes, desalentadoras... No era Audrey Dane la compañera, ni tan siquiera la amiga, que necesitaba Ziegfeld. Sólo vivía pendiente de su propia satisfacción y capricho, aunque en ello fuera la tranquilidad y el bienestar de los que la rodeaban.

Cada vez la marcha se dificultaba más. Los espectáculos de Ziegfeld habían tenido expertos imitadores y los negocios no eran tan prósperos como al principio. Pero no por ello abandonaba su ideal.

Sus finanzas pasaron por momentos apurados. Debía a todo el mundo. Los proveedores amenazaban con no servirle nuevo material hasta cobrar sus deudas...

Lejos de él, de aquella estrella que guió su vida, Ana sentía desmoronarse toda la quimera de sus ensueños y cual cascadas de lágrimas caían en su dolor y la trágica soledad en la felicidad de su amor...

Quiso sin embargo, probar la amargura de la separación, con la secreta esperanza de que cuando su Flor volviera a su lado sería ya para siempre, sin temores ni angustias... plenamente...

Pero, al día y noche, confió sólo en sus callados llantos, en esas lágrimas que, ardientes, le quemaban la tez. No supo o no quiso luchar contra la mala mujer que le arrebatara a su bien amado, y no era tampoco Audrey Dane de las mujeres que, una vez triunfantes, perdieran su coquetería por un noble renunciamiento.

Ana siguió las inclinaciones de la vida de su esposo. Pero no tuvo suficiente audacia para plantar cara a la usurpadora y reconquistar con su inmenso cariño aquel privilegiado lugar en el corazón del inconstante.

Y, fiel y dulce amada, continuó en espera de un arrepentimiento que jamás había de llegar...

Audrey Dane fue como el rayo destructor en la vida de Florence.

Al compás de las composiciones de música moderna aparecía en escena como un copo de nieve, y para dar a su sencillez la loca diadema necesaria, Florence supo crear para ella la corona más deslumbradora que imaginarse pudiera.

Tras ella todo quedaba empujado... Y por ello, tal vez, la fina perspicacia del genial creador de maravillas podía casi siempre aquella legión de "bays" simétricos que danzaban al compás del jazz, como movidos por un resorte mecánico, la más exacta y mecánica de las danzas.

Pero Ziegfeld conocía al público, y antes que nadie fue el mismo quien previó la necesidad de introducir innovaciones... Aquellas viejas formas tenían que evolucionar, renovarse...

—Yo, que he lanzado a Eddie Cantor, que he tenido conmigo a Will Rogers, que he impreso en el mundo la moda de las plumas con Sally Ellers, os predigo que hemos de hacer algo para inyectar nueva vida a nuestros espectáculos...



Escuchaba siempre que alguien le proponía la oferta de una nueva revolución y dejaba a su fin todo lo que le quedaba...

Para él no había instante de tranquilidad ni sosiego... Siempre danzando, en un lado u otro a la casa del detalle, los perfeccionando que todo y todos estuvieran en lugar y en perfecta situación, hasta lograr que su espectáculo llevara el sello personal e inconfundible de aquel creador de magnificencias...

De sus coronas se dijo que sus canchales eran el arte irris...

Pero todos los mortales tienen sus derrotas, y él tampoco se pudo salvar del maleficio... Y su derrota la tuvo Ziegfeld no sabiendo leer tras los grises e incidentes ojos de Audrey Dane una alma traidora y venal, alma que la ingenua abandonaría en el mismo instante en que por boca de un indiscreto conocía la difícil situación por que atravesaba...

Y así fue como Audrey Dane se separó del camino de Ziegfeld, para mayor amargura de aquel impetuoso enamorado...

Billings fue quien, como tantas veces anteriores, sacó a Florence de su aislamiento... Y si no fuera por hacer injusticia al buen camarada de Ziegfeld, casi podrían afirmarse que lo sacó contra su propia voluntad. Con esa arrojadura audacia que le caracterizaba, Ziegfeld logró de su viejo amigo que interpusiera a su socio en capitalizar la nueva revista que iba a montar.

Algo maravilloso que asombrará por su originalidad... le aseguraba Florence con acento terminante y decidido.

—Bien, bien... pero ¿qué es lo que trata?

—Verás, con exactitud todavía no lo sé, pero puedes estar seguro de que será original... terminó diciendo entre risas.

Y llegó el estreno de la revista. De nuevo volvió a resplandecer la estrella de Ziegfeld. Bajó un tonel de gases y tales desfilaron escenas de fantástica riqueza. Nada era imposible para el mago de la escena. La fragilidad del cristal, el fulgor del sol, hasta la detención del tiempo... todo podía formar parte de su escenario si su imaginación de creador así lo deseaba...

Cada vez que Billings tropieza en su camino con Ziegfeld ya sabía que tenía algo en peligro. Por ello no es extraño que, cuando en aquel baile de trajes famoso que se celebraba cada año entre la elite de Nueva York, le vio con su pareja, sintiera el terror del condenado a muerte...

Razón tenía para ello. Billings consideró que Billie Burke le acompañara al baile y todo para que ahora llegase Florence y le estrujase todos los plumes.

Era Billie Burke una mujer encantadora, actriz detestabilísima, que unía a su fascinante belleza rusa una singular inteligencia... Nadie podía vanagloriarse de haber conseguido conmovir su alma más allá de la estricta normalidad.

Ziegfeld, que aquella noche sólo prestó atención a las melodías creadas por el jazz, se dispuso a marchar en cuanto se iniciase el "Paul Jones", aquel baile que brindaba a las parejas el placer de la locitudumbre al dejar al amor quien sería su próxima pareja. Pero la visión de Billie Burke tuvo la virtud de frenar en ilusión la indiferencia.

El salón quedó por unos momentos casi desierto. La música había cesado, obedeciendo a la orden del organizador del "Paul Jones". Todas las parejas se preparaban para la ventura de la aventura. Unas palabras al oído del maestro de ceremonias dieron a Ziegfeld en clave del portero amor de su vida.

La música llenó con sus acordes el ámbito del salón. Cada bailarín se inclinaba ante su pareja y en fina evolución la entregaba al siguiente, mientras la música iba acelerando su ritmo. De pronto, el silbato imponente del maestro de ceremonias para la danza, y cada galán enlazó a su pareja. La casualidad fue magnánima con Florence: su pareja era Billie Burke, ante la desazón del pobre Billings.

Y así una vez y otra, que la rueda se ponía en movimiento el pitido la detenía poniendo frente a frente a los dos vencedores... Tal vez el maestro de ceremonias podría contar por qué...

En una noche de quimera y ensueño, con la dulzura de todas las flores y talismán que en el mundo pueda existir, se enlazaron las miradas de Billie y Florence, para llevar a sus corazones la suprema dicha de un gran amor...

(Continúa)





Tres chicas que aseguran que para adquirir gracia y soltura hay que caminar una hora diaria con libros en la cabeza. Claro, y a las personas que tienen cosas raras en la cabeza hay que ponerles camisas de fuerza. (Foto M.G.-M.)

Luise Rainer ha firmado un nuevo contrato de largo término con la Metro-Goldwyn-Mayer. Esta admirable actriz vienesa es la protagonista de «La buena tierra», junto con Paul Muni.

La exquisita Luise debutó en Hollywood en «La mujer desnuda», con William Powell. Su papel más reciente fue el de Anna Held en «El gran Ziegfeld».

El próximo film de Katharine Hepburn se titulará «Quality Street»; será dirigido por George Stevens y los demás intérpretes serán: Franchot Tone, Eric Blore y Florence Lake.

En Londres será llevada a la pantalla la ópera «La cabaña Susana», con un reparto que se hará público en breve.

«Spanky» Mac Farland, el famoso gordito de «La Pandilla», aparecerá en adelante en producciones de largo metraje, sin olvidar sus películas cortas, de acuerdo a un nuevo contrato por cinco años recientemente firmado.

#### UNA ARTISTA EXIGENTE!

A Virginia Bruce le gusta ir acompañada de un personaje diferente cada vez que sale a pasear, porque dice que ningún hombre reúne todas las cualidades que le gustan.

El acompañante ideal, según esta artista, debería poseer: La gallardía de Robert Montgomery; la prestancia varonil de Clark Gable; la agudeza de Noël Coward; la habilidad de Fred Astaire para bailar; el buen humor de William Powell; la facilidad de Bernard Shaw para conversar; la pulcritud y buenas maneras de César Romero; la naturalidad de James Stewart; y la simpatía de Francis Lederer.

#### ¿QUE HARIAN, SI SOLO LES QUEDARA UN DOLAR, CONOCIDAS ESTRELLAS DEL CINE?

A un reportero norteamericano se le ha ocurrido dirigir a un puñado de celebridades de Hollywood esta pregunta: «¿Que haría usted si sólo le quedara un dólar?» Y los astros más famosos han contestado lo que sigue, para curiosidad de sus admiradores: Maureen O'Sullivan: «No me gusta ser lo que se llama una mu-

jer práctica; pero si sólo me quedase un dólar, lo invertiría en provisiones y trataría de buscar trabajo».

Clark Gable: «Hacerme cortar el pelo y afeitarme antes de salir en busca de trabajo».

Jeannette Mac Donald: «Dárselo al primer mendigo que encontrara, con la esperanza de que la buena acción me trajera suerte».

William Powell: «Si sólo tuviera un dólar, no me preocuparía de los impuestos».

Jean Harlow: «Ir al mejor cine de la ciudad para olvidar mis tribulaciones».

Robert Montgomery: «Cambiarlo en monedas pequeñas para creer que tenía mucho dinero».

Myrna Loy: «Pensaría en la manera de duplicarlo».

Spencer Tracy: «Tratar de aumentarlo».

Robert Taylor: «Comer un buen guiso para reflexionar mejor».

Rosalind Russell:

«Irme lo más lejos posible, para cambiar de ambiente y adquirir nuevas ideas».

Franchot Tone:

«Dedicarme a la agricultura».

Virginia Bruce:

«No podría prescindir de apelar a mis padres para que me sacasen del conflicto».

Chesler Morris:

«Apostarlo a un buen caballo».

Ted Healy:

«Compraría un espejo para verme morir de hambre».

Groucho Marx:

«¿Qué es un dólar?».

Una Meekel:

«Depositaría el dólar en el cepillo de los pobres, sabiendo que Dios ve todo lo bueno que hacemos».

Madge Evans:

«Me ofrecía a las tiendas de ropa como modelo».

Johnny Weissmuller:

«Dar exhibiciones en alguna piscina pública y pasar luego una bandeja para recoger lo que la voluntad de los espectadores quisieran darme».



Nos aseguran que es Mary Astor, pero no respondemos de su autenticidad mientras la propia interesada no nos amoneste la edición. (Foto Columbia Films.)



La respetable mamá de Jean Harlow pescó este bizarro ejemplar de pez espada. Lo logó, a mi entender, sería que la anciana pescadora se acomodase a la foto para recibir los parabienes. Pero el departamento de publicidad de la Metro estima otra cosa. Como ustedes ven, Jean cuenta: Soy la reina de los mares, ustedes lo pueden ver. Tiró mi padre al suelo y lo bajo a recoger. (Foto M.G.-M.)

En esta otra pose, la encantadora Jean Harlow asegura al compañero maquillador, que tiene un fin otomocinematográfico en Siberia. El maquillador pesa a ver si pesa de esta encantadora foto de propaganda, mientras se afana en dibujarle unos morados artificiales. (Foto M.G.-M.)



Rouben Mamoulian ha firmado un contrato con la Paramount para dirigir a Irene Dunne en una película musical cuyo título provisional es «Alto, ancho y hermoso». Figuran en el reparto Randolph Scott de primer actor, Dorothy Lamour, William Frawley y Elizabeth Patterson.

#### REINCIDENCIA

Sigue la estrecha amistad entre Carole Lombard y Clark Gable. Con frecuencia se les ve comiendo o bailando jun-



Esto, aunque a simple vista parezca una cola, no es más que un cuerpo: el cuerpo de baile que tomará parte en una película musical de Eleanor Powell que filma M.G.-M. La foto es el resultado de la delirante manía de retratarse que tiene la gente del film. En España, si la prueba sale bien, se saca una copia para cada uno y en paz; la cosa queda en privado. Pero en Norteamérica no ocurre así. Allí se sacan diez mil copias, se mandan a diez mil periódicos y cien millones de lectores tienen que enterarse de lo ridículo que está usted, Dave Gould, con su holgado traje de buzo, rompiendo la estética simétrica de las piernas de todas clases —bonitas y feas— que aparecen en el conjunto. (Foto M.G.-M.)

rada, se queja ahora de que es víctima de una explotación inicu. En efecto, en vez de trabajar en cuatro películas por año, que es lo convenido, le han hecho trabajar en seis. ¿No es un abuso? Si, señor. Es un abuso intolerable. Cuando no se ganan más que cuatro mil quinientos dólares semanales no hay derecho a exigir estos esfuerzos sobrehumanos. ¡Guerra a los jornales de hambre!

#### ¿EN QUE QUEDAMOS?

La gordura entre las estrellas de Hollywood es tan temida como la peste en los pueblos primitivos. La gordura que dicen que es tan amable y produce tanta jovialidad a los que la poseen, entre las artistas del cine causa verdadero pánico. Significa renunciar a seguir apareciendo en las pantallas de todo el mundo. Significa el olvido, la vejez. Significa que ya nadie le pida su fotografía. Significa la muerte en vida. Así, la gran cruzada en Hollywood no es contra el cáncer, contra la tuberculosis, contra la difteria. Allí es contra la gordura. Preguntéis por una artista que os cautiva: hace unos años y cuya figura no habéis vuelto a presenciar sobre el telón blanco y os dirán: —¿Fulana? Ah, sí; la pobre engrasó mucho, tuvo que retirarse. Ahora tiene un chacro y se dedica a la cría de gallinas.



Y eso equivale a decir dentro del arte cinematográfico: Se murió la gorda. Todo esto está muy bien, dirá el lector, pero ¿y Mae West? Mae West ha explotado las formas redondas. Ha sido su éxito. En un lugar donde todas

Para sentar una cuestión de principio, el marino tiró un plato. Entonces ella le amenazó atídicamente con el revólver. De eso hace cuatro años. Desde entonces no ha vuelto a romper un plato en la casa.

# FUERA DE PROGRAMA

las mujeres hacían esfuerzos extraordinarios por asiluetarse, por parecer finas y frágiles, llega esa matrona apetitosa y excitante y llama, por contraste, poderosamente la atención. Mae West es como si en un banquete de vegetarianos se sirviera de pronto un doradito lechón. ¿Cuántos vegetarianos se resistirían?

#### FALTA DE IMAGINACION

Aunque cueste creerlo, es un hecho que Gail Patrick despreció recientemente la tentadora suma de tres mil dólares. Una de las revistas más populares de los Estados Unidos le ofreció dicha suma por una serie de artículos acerca de la cultura de la belleza. —La que nace hermosa sigue siéndolo —dijo Gail—, y la que nace fea no puede remediarlo. Lo único que puedo decir —añadió— es

# LO QUE VENDRA



King Vidor, productor y director de «Los ruidos de Texas», acompañado de sus ayudantes y miembros de su compañía durante el almuerzo. De izquierda a derecha: Fred Mac Murray, Betty Hill, secretaria de Vidor, la señora Oakie, Jack Oakie y Nesta Charles, encargada del guión. Bessie Bartlett, que también figura en el reparto, aparece en el fondo. (Foto Paramount.)

que maquillándose con destreza, peinándose con cuidado y poniéndose ropa bien hecha una mujer puede mejorar mucho. Pero esto es todo lo que se me ocurre respecto a este punto y no veo manera de aumentarlo hasta poder escribir una serie de artículos por valor de tres mil dólares. — Quizá Gail tenga razón, pero tres mil dólares son mucho dinero.

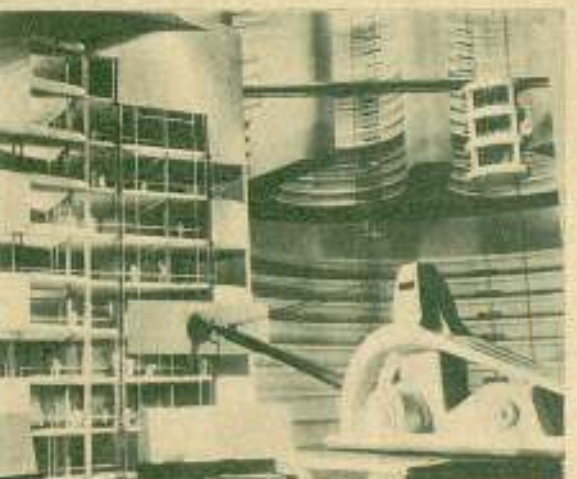


Jean Harlow y Franchot Tone repasan su papel un momento antes de interpretar una escena del film en edición actualmente. (Foto M.G.-M.)

#### ESTOS, FABIO, ¡AY, DOLOR!

Alice Lake, popular estrella en la época del cine silencioso, que, según informa un colega estadounidense, ha tenido que ir a la cárcel por no poder pagar una multa de diez dólares. Miss Lake ganaba no hace mucho, dos mil dólares

semanales. Apenas pensar lo efímera que es la gloria de estas famosas estrellas de la pantalla.



James Stewart, el paciente enamorado de Jean Harlow en «Entre esposa y secretaria», ha firmado un nuevo contrato con la Metro-Goldwyn-Mayer. Stewart aparecerá en «Speed», junto con Wendy Barrie, Weldon Hayburn y Una Merkel.



Edificando un mundo nuevo. Una escena maravillosamente realizada de la visión profética de H. G. Wells «La vida futura», trasladada a la pantalla por Alexander Korda (productor) y W. Cameron Menzies (director). (Foto Artists Asociados.)

Eleanor Powell en un momento de su último film. (Foto M.G.-M.)



LA ANÉCDOTA  
EN  
PRIMEROS  
PLANOS



# FilmoTeca

## Edmundo Lowe

uno de los hombres más elegantes del cine, debe parte de su fama a su malograda esposa Lilian Tashman, sin la cual es posible que no acierte a "vestirse bien"

por un periódico. El negocio marchaba a las mil maravillas, hasta que un día acertó a pasar su padre.

Se alegró muchísimo de verle tan trabajador y diligente, dándole diez centavos a cambio de un diario.

No obstante, su placer duró muy poco. Al llegar a la oficina pudo comprobar que el periódico era atrasado. Este fue el motivo por el cual aquella misma noche le hizo cambiar de profesión, no sin antes propinarle una paliza de padre y muy señor mío.

Edmundo Lowe, a pesar de haber cursado estudios en la universidad con gran provecho, tiene una memoria imposible. En vida de su malograda esposa Lilian Tashman —la primera víctima producida por el cine en 1934—, dependía completamente de ella, que tenía que cuidarse, no sólo de sus asuntos personales, sino también de los de su marido.

Refiere James M. Fidler, que ha sido durante ocho años el encargado de sus asuntos de publicidad, que Lil poseía un libro en el cual apuntaba lo que tenía que hacer todos los días. Antes de marchar al estudio, «Eddie» pasaba la vista por sus páginas para enterarse del programa a desarrollar antes de llegada la noche. Tanto sus asuntos personales como profesionales estaban en él apuntados, día tras día. Si alguna vez olvidaba sus compromisos, la culpa, pues, no era de su esposa.

Estaba tan acostumbrado a apoyarse en ella, que no sabía hacer nada bien sin antes oír sus consejos. Lil escogía todos sus trajes, sus camisas, corbatas, calcetines y zapatos. Le indicaba lo que era apropiado para la mañana, para la tarde o noche. Se cuidaba todos los días de cepillarle la ropa, arreglarle el nudo de la corbata y otros detalles concernientes a su persona. Ahora viene a cuento un ocurrido que se desarrolló mientras Edmundo Lowe jugaba una partida de billar con otro amigo:

—¿Qué haces para vestir tan bien, hasta el punto de que estás considerado como uno de los hombres más elegantes del cine?

—Por mi parte, nada. Si no fuera por mi mujer vestirla de otra manera, tan despreocupadamente como cuando era soltero. Lilian es tan experta en sus gustos que me los transmite sin darme cuenta.

Cada vez que su mujer tenía que ausentarse del hogar, para hacer una película o visitar a su familia, que habita en Nueva York, Eddie se encontraba perdido. No hacía ninguna cosa a derechas. Usaba el mismo traje cada día, no sabiendo dónde hallar sus prendas interiores para mudarse.

¿Ahora qué hará Edmundo Lowe sin Lilian Tashman? ¿Quién le recordará lo que ha de hacer a diario, el traje que tiene que ponerse o la corbata más en consonancia con su personalidad?

Cella de MONTALBAN

**E**DMUNDO Lowe es uno de los astros más populares de la pantalla. Sus personificaciones de tipos del hampo y perfectos caballeros difícilmente se olvidan. Asimismo, tiene sobrados motivos para merecer el título de atleta, ganadero, horticultor, criador de perros de raza y otras varias cosas.

Posee un rancho, que se halla situado en las montañas de Santa Cruz, o, lo que es lo mismo, una de las fincas más bellas de California. En ella hay viñedos, gran variedad de aves, centenares de reses, que pastan en sus colinas, y un criadero de perros, con admirables ejemplares de galgos y «setters». Y en las colinas de Beverly Hills, una casa con hermosos terrenos y otra en la famosa playa de Malibú, donde las estrellas cinematográficas pasan sus mejores ratos.

Una de sus peculiaridades consiste en usar reloj de pulsera. Dejó el de bolsillo porque le resultaban caros los cristales. Esto le ocurría por hacerle dar vueltas al extremo de la cadena, que enrollaba y desenrollaba con su dedo índice. Los guantes que invariablemente gasta son amarillos.

El padre de Edmundo Lowe fue juez en San Diego (California). De pequeño se dio cuenta de que los abogados que actuaban bajo su jurisdicción consideraban buen sistema el tenerle contento. Por eso concibió la idea de vender periódicos. Reunía todos los diarios que encontraba en la vecindad y se detenía en la esquina por donde sabía que pasaban los abogados para ir al tribunal.

Por regla general, cada uno de ellos le daba cinco centavos diarios



Edmundo Lowe con su malograda esposa Lilian Tashman.

(Fotos Universal)



e  
ci-  
ra-  
ual  
m"

que  
dole  
budo  
el el  
antes  
ersi-  
e su  
por  
qua  
de

ncar-  
cual  
char  
del  
ntos  
dia.  
de

acer  
sus  
pro-  
los  
otros  
ocu-  
rtida

estás  
ma-  
tan  
que  
dar-

r fa-  
ho-  
peli-  
nilla,  
fork,  
par-  
co-  
el  
no  
sus  
mu-

undo  
nan?  
que  
el  
po-  
en  
rso-

BAN



FilmoTeca

Cataluña

# VIRGINIA GREY

cual Diana moderna,  
muestra la euritmia de  
su maravilloso cuerpo  
de diosa en esas ala-  
das poses, que nos  
hacen caer víctimas,  
no del arco y de sus  
flechas, sino de su gra-  
cia y de su hechizo.

(Fotos M.-G.-M.)





MADGE EVANS  
(Foto M.G.M.)